

PSOE: ¿Refundación o continuidad?

*SI hace cinco años hubiéramos hecho una encuesta con esta única pregunta: **¿Cuál es el partido más unido de España?**, la respuesta abrumadoramente mayoritaria habría sido: **el PSOE**. Si hoy, en julio de 2000, preguntáramos: **¿Cuál es el partido menos unido de España?**, casi la totalidad de los encuestados respondería de manera idéntica: **EL PSOE**.*

Cuando parecía que se estaba consolidando un fuerte bipartidismo, con partidos bisagras (CiU, IU) que, en el caso de no obtener mayorías absolutas, podrían arbitrar la alternancia, da la impresión de que uno de los dos alternantes ha entrado en crisis profunda. Este hecho merece ser descrito y analizado, puesto que puede afectar de manera importante a nuestra sociedad democrática ya que debilita las estructuras del principal partido de la oposición, siembra dudas entre sus votantes, suprime deseables contrapesos al centro-derecha, debilita los controles democráticos del gobierno y condiciona de manera importante la expresión plural de los españoles.

Digamos, antes de afrontar esta tarea, que nuestra revista considera la actual crisis del PSOE como un episodio habitual en la vida de las organizaciones sociales, en cuya historia se alternan períodos de apariencia monolítica con períodos de aparente desintegración, sin que ni los unos ni los otros se correspondan enteramente con la verdad. Es cierto que tenemos suficientes datos empíricos como para adelantar que no es sólo una cuestión de percepción sino que hay algo objetivo, que puede ser descrito y analizado. Pero también es cierto que esas diversidades internas existían mucho antes de que el PSOE perdiera el poder. Lo que consideramos causa de preocupación democrática no es la emergencia de posiciones diferentes, sino el que se prolongue demasiado la tribalización y, en el próximo congreso, no se acierte a establecer líderes y líneas estables.

**Hay causas de la crisis,
¿son proporcionados los efectos?**

SEGURAMENTE, Felipe González se equivocó en la estrategia y en la persona al forzar la elección de **Joaquín Almunia** como secretario general; seguramente, la admirable medida de convocar unas primarias, vistos los efectos, fue un error estratégico de Almunia; seguramente, el no menos gallardo gesto de dimitir el mismo día de perder las elecciones engrandece moralmente a Almunia, pero certifica también el error de quien no sabe aguantar la adversidad; seguramente el acallamiento de los **guerristas, borrellistas y acotistas** dejó demasiadas heridas cerradas en falso; seguramente, las trabas puestas al ascenso de los jóvenes tenía que pasar factura; seguramente, la pobre renovación ideológica redujo los proyectos innovadores a lealtades; seguramente, a pesar del liderazgo de González, faltó en

ocasiones un brazo ideológico fuerte que mantuviera la dirección, sin que la nebularan las propuestas de **Pascual Maragall** o las alianzas con el BNG; seguramente, se pecó de sectarismo al arrinconar en La Coruña a **Francisco Vázquez** y en otros lugares a posibles relevos para conquistar el centro; seguramente, se analizó mal la opinión pública y se hizo una alianza con IU para un momento en que España ya no era mayoritariamente de izquierdas. Seguramente, todo eso es verdad y todo eso, que no se paga cuando se está en el poder, pasa factura cuando se pierde.

Pero nos parece que la amplitud de la crisis es desproporcionada. Al fin y al cabo, ese Almunia, que compareció derrotado el 12 de marzo, acababa de recibir ocho millones y medio de votos, lo que es un patrimonio político extraordinario. ¿Saldrá del XXXV Congreso un candidato capaz de superar esta cifra? El drama que muchos percibimos en los dirigentes socialistas no procedía lógicamente de ese inmenso activo, sino de que el PP había obtenido más y, con ello, se desvanecía el sueño de que la **dulce derrota** de 1996 se debía transformar en la **vuelta triunfal** de 2000. Los mismos 8,5 millones de votos hubieran sido presentados como una gran victoria, si el PP hubiera obtenido menos.

Errores de estrategia y de táctica

LA dimisión de Almunia desencadenó la salida a superficie de muchas voces hasta entonces calladas. Afloraron las tensiones internas y, en muchos casos, ambiciones personales mal disimuladas. El PSOE no estaba preparado para afrontar una situación como la planteada. Por no existir, no existía ni una norma para la presentación de candidatos a la secretaría general. Con todo ello se debió contar cuando el PSOE adoptó una

*estrategia de lentitud que necesariamente lo iba a desgastar. Esta estrategia fue la responsable de que se manifestaran diferencias de fondo en prácticamente todos los puntos: sobre la conveniencia de nombrar una gestora, sobre el modo de nombrarla y sobre la persona que debía presidirla; sobre las incompatibilidades, las condiciones positivas y el protocolo para proponer o proponerse como candidato; sobre la fecha y orientación del Congreso extraordinario. Todos sabíamos que había baronías, pero nunca nos pareció que estuvieran tan distanciadas unas de otras. Vistas y oídas las opiniones de los/las candidatos **Rosa Díez**, **Rodríguez Zapatero**, **Matilde Fernández** y la efímera **Cristina Alberdi**, vistos y oídos los mensajes de Bono, Rodríguez Ibarra, Francisco Vázquez, Borrell, etc., no resulta muchas veces fácil asumir que pertenecen lealmente al mismo partido.*

***EN** todo este proceso parece como si Felipe González actuara de árbitro en la sombra, como si se siguiera considerando a sí mismo capaz de hacer señalamientos eficaces de quiénes no deben ser secretario general y, por tanto, de quién debe serlo. Naturalmente, salta como un resorte defensivo cuando algún candidato propone revisar un pasado que es él mismo. La autoridad moral que se le atribuye entre la militancia hace que sus opiniones sean, para unos oráculos y, para otros, exorcismos. Es decir, las frecuentes intervenciones de Felipe González están siendo un factor de turbulencia considerable en los meses preparatorios del congreso, aunque, en ocasiones, ha realizado también atinadas reflexiones que apelan a la cordura («pluralismo sí, banderías no»; «formamos tribus cada día y podemos convertir al PSOE en un partido con vocación de minorías»).*

*Junto a todo eso, entendemos, por lo que podemos conocer, que **Manuel Chaves** está haciendo con honradez su*

trabajo al frente de la gestora. Sabemos también que los que han redactado el informe para el XXXV Congreso han realizado un excelente documento, que es riguroso y no prejuzga resultados. Pero todo eso se ve menos que las desavenencias, aireadas cada día en los medios de comunicación. No nos explicamos cómo, si este documento iba a estar finalizado a finales de mayo, el congreso no se abre hasta finales de julio. Dos meses de deterioro gratuito de la situación.

Dos reflexiones a modo de conclusión

EL PSOE necesita renovarse. *La crisis «radiada» del PSOE surge periódicamente en todos los partidos, se radie o no. En el caso del PP llevó a una **refundación** que permitió la sustitución no traumática de unas personas y la llegada de otras. En el caso del PSOE esa renovación es mucho más complicada por efecto del hiperliderazgo de González, por la memoria feliz del éxito durante varias legislaturas y, en alguna medida, también por no haber asumido a tiempo las responsabilidades políticas en los casos del GAL y de la corrupción. De no haberse producido la crisis actual, el relevo de personas no sólo hubiera sido complicado sino imposible.*

El PSOE tiene una magnífica oportunidad para ser pionero en resolver un problema común a todos los partidos: cómo articular el pluralismo interno y la unidad. *El XXXV Congreso debería servir, no para volver al monolitismo del pasado en el que «quien se movía no salía en la foto», sino para establecer los límites a la manifestación **ad extra** de las diferencias. La cooperación leal de los disidentes con la opción ganadora debe estar asegurada. De no ser así, los perdedores del congreso deberían fundar o transfugarse a otro partido.*

No cabe duda de que existe una tensión entre la democracia interna y la eficacia electoral de un partido. Cuanto más homogénea es una oferta electoral más nítidos son sus perfiles y más oportunidades tiene de atraer votos. Cuando las diversas corrientes internas hacen demasiado ruido hacia el exterior contribuyen a debilitar, y a veces dinamitar, el partido. El diseño ideal de funcionamiento de un partido democrático incluiría una confrontación sistemática de las diferencias y una permanente reelaboración consensuada de su oferta electoral.

***EN** definitiva, de la resolución acertada de esta crisis del PSOE depende no sólo el futuro de este partido sino el mismo pluralismo político del país. Sería una desgracia para España que el partido saliera debilitado, inseguro o con tantas necesidades de vendar sus heridas que descuidara su principal misión: ofrecer a los españoles una opción coherente que exprese, debidamente evolucionada, una cultura política y una sensibilidad social que tiene más de cien años.*